

noma, es decir, que estará libre de la censura previa y posterior. No puede admitirse que cualquier sujeto habilitado de jefe de espectáculos imponga su criterio sobre un tema que ha desconocido hasta el momento de ocupar ese puesto. Mientras las altas autoridades no comprendan que el teatro y el cine deben estar en manos de personas que tengan una trayectoria anterior importante dentro de esas ramas, y pongan a cualquiera sólo porque no hay otro sitio a dónde mandarlo, los que nos dedicamos con amor y verdadera vocación a ellas, debemos protestar y oponernos sistemáticamente a cuanta decisión arbitraria tomen esos señores. Por tanto, la Compañía Nacional de Teatro no puede estar bajo la férula de quien nada sabe de esos asuntos y debe pugnar por su autonomía. De otra suerte, se corre el riesgo de tener que mutilar las obras o de caer en espectáculos demagógicos que tampoco interesan al pueblo, como la tristemente célebre Hora Nacional por la radio.

Pero todo cuanto he dicho aquí no deja de ser más que ilusiones. Hemos pesado el pro y el contra de todo y lo único que necesitamos es que la Compañía Nacional de Teatro exista. Nada menos. Pero deseamos, pedimos, exigimos, que el sueño de todos nosotros y de nuestros padres y abuelos que han luchado por lo mismo, se convierta en realidad. Ya puestos en este camino, también podemos soñar que se nos va a hacer caso.

28 de marzo, 4, 11 y 18 de abril de 1971

EL JUEGO DENTRO DEL JUEGO

La cuarta obra teatral de Vicente Leñero, *La carpa*, ha venido a cimentar por siempre la categoría de este joven escritor mexicano como uno de los mejores dramaturgos que ha dado nuestro país. Junto con Rodolfo Usigli, con Emilio Carballido y con Sergio Magaña, Leñero pasa a ocupar el sitio que ha sabido ganarse con su talento. Como novelista había triunfado, luego como

escritor de televisión, y ahora se ha encontrado plenamente a sí mismo como dramaturgo, con lo que el teatro en México gana un elemento muy valioso. Su preocupación por presentar sobre un escenario documentos vivos sobre temas que a todos nos apasionan, y que siendo de actualidad pertenecen a todas las épocas, de allí que su producción no sea efímera, le concede aun mayor importancia como escritor y como pensador. En *Pueblo rechazado* abordó el tema de los sacerdotes católicos que pugnan por una evolución acorde con su tiempo; en *Los albañiles* nos interna en un submundo en el que palpitan seres humanos como nosotros; en *Compañero* asistimos a la autopsia ideológica del Ché Guevara, y ahora, en *La carpa*, en medio de una atmósfera en que se mezcla hábilmente, y no a lo Fellini como han tratado de hacerlo otros escritores, la realidad con lo irreal, para denunciar el asco que inspiran las dictaduras, de cualquier índole que sean. El personaje de director de escena lo mismo puede ser el Jehová del Antiguo Testamento que Francois Duvalier; los personajes que están bajo sus órdenes tiránicas y caprichosas lo mismo pueden ser los capitalistas pendientes de Wall Street que los socialistas que desfilan por la Plaza Roja de Moscú, y los dos amantes que se rebelan contra esa dictadura aparentemente pequeña dentro de un estudio de cine o de televisión, lo mismo pueden ser Luzbel que los tupamaros o los chicanos o los checos o los mexicanos de 1910.

Vicente Leñero sumerge al público espectador en el mundo un tanto mágico de un set, pero esto no es más que una motivación para ir más allá, en un simbolismo fácilmente adivinable. El que sus personajes sean actores y actrices le da pie para hacer un “juego dentro del juego”, como dice él mismo en la nota del programa, es decir, no saben, y de allí la angustia, cuándo termina la ficción y da comienzo la realidad, o viceversa. ¿O es que nosotros, los actores de este Gran Teatro del Mundo, lo sabemos? La habilidad de Ibsen, de Joyce, de Proust y de Pirandello. El símbolo, el presente, el recuerdo, el sueño, la angustia, el futuro, la inseguridad, todo está dentro del ámbito mágico y real a la vez que nos lo presenta el escritor con su impecable construcción dramática. Todo aquel que aspire a escribir para el teatro debe conocer, en el teatro mexicano, *La familia cena en casa*,

de Usigli, y *La carpa*, de Vicente Leñero. Me atrevo a sugerir a los maestros de análisis literario tengan esta última obra como imprescindible dentro de su programa de clases. El teatro mexicano se vivifica, se da cuenta que no ha muerto, cuando surgen, aunque sea cada cuarto de siglo, profesionales como Vicente Leñero.

Para hacer aún mejor *La carpa*, Ignacio Retes supo dirigirla con un acierto tal que no dudo en asentar que es el mejor trabajo que ha realizado este incansable hombre de teatro, a quien en otras ocasiones he atacado con dureza y a quien ahora rindo un homenaje de admiración, y puede creerme don Ignacio que nada me da más gusto que alabar a quien he criticado. La dirección de esta nueva, y la mejor, obra de Leñero, está llena de aciertos en cuanto a movimiento escénico y a composición armónica; se nota en ella, en la dirección, que hubo un agotador esfuerzo para comunicar a los actores la idea que quería proyectar en el espectador el autor dramático. *La carpa* es una de las piezas más difíciles de dirección que existen, por su complicada construcción, y Retes demuestra su talento y su entusiasmo saliendo adelante y con aplausos de tan ardua labor.

En los intérpretes hay disparidad, lo que no deja de ser sensible, pues ante una obra y una dirección como las que comentamos, se desea que todo esté a su altura. Eric del Castillo evoluciona dentro de su inmenso amor y entusiasmo por el teatro, y estudia, y analiza, y quiere superarse en cada ocasión, lográndolo a costa de un esfuerzo que es digno de toda alabanza. Del Eric aquel de *Corona de amor y muerte*, al Eric de *Un sombrero lleno de lluvia* y al de *La carpa*, se nota un abismo. Su trabajo como el dictador, es decir, el director de escena, es también lo mejor que le he visto y nada hay que criticarle. No cabe duda que la disciplina y el amor por una carrera hacen que se consiga lo que se desea. Adriana Roel quizá no saque todo el partido dramático que su personaje posee, pero tampoco se puede decir que esté mal, sino por el contrario, su trabajo es limpio y merecedor de los aplausos que se le tributan. Willebaldo López excelente en su “chinchiguilla”, hermoso término mexicano con el que se define en el medio cinematográfico al muchachito que comienza su carrera técnica y lo hace como mandadero. July Furlong luce su hermosura y sus posibles dotes de actriz que pueden mostrarse en un

futuro próximo si hay en ella verdadera vocación. Judy Ponte en su escena dramática está muy bien, pero cuando trata de hacerse la graciosa no lo consigue. Enrique Rocha sigue sin justificar su fama de actor cinematográfico y teatral, pues cuanto trabajo le he visto, lo noto siempre igual, sin ganas de trabajar, como haciendo el favor de dejarse contemplar por sus admiradoras. Es lástima que tan hermoso papel se diluya en la apatía y en un solo tono. Y Eugenio Cobo que, por el contrario, desea estar bien, pero no lo consigue por su falta de matices. Y una escenografía de Félida Medina sin mayor relieve porque así lo exige la obra, aunque ese huevo de plástico que es la cabina de proyección y de sonido, aumenta la magia de la anécdota.

9 de mayo de 1971

¿LEANDRAS O LIENDRES?

Al terminar la función especial en el Teatro de los Insurgentes de la zarzuela *Las leandras*, ofrecida, según rezaban las invitaciones, “a la prensa y a los amigos”, con lo que quedaba debidamente aclarado que la prensa no es amiga de la empresa, y alabo su sinceridad, salía yo apresuradamente para respirar un poco de aire fresco si aun queda algo en esta ciudad, después de permanecer tres horas en un baño de vapor dentro de la sala, cuando me detuvo un señor de puro en la boca y hablar castizo para decirme:

SEÑOR DEL PURO: ¡Eh, usted! ¡Usted, sí, que me han informao que es crítico de teatros! ¿Qué va usted a decir, hombre de Dios, sobre lo que acabamos de ver? ¡Vamos, hable usted o le suelto un tortazo en los morros que lo mondo!

YO: Es usted muy gentil, señor Cortés, pero le suplico que aguarde un poco y lea mi opinión en *México en la Cultura*.

SEÑOR DEL PURO: ¡Pues más vale que diga usted la verdad o se va